



Erasmo Zarzuela:
"Tiempo"

El viajante

A Ulises, un personaje que sólo existe en la distancia

Lejos de Itaca,
Voy de la tristeza al llanto,
De la ansiedad a la confusión,
El odio fermentado, la desmemoria.
Niego la dolencia
Pero en los bordes de la marginalidad,
La soledad de dejar a los que tanto quiero,
La nostalgia de un hermoso recuerdo.
El sentimiento de dolor interno,
El miedo a sucumbir al canto de las sirenas.
Cuando Itaca no es un paraíso
Y Penélope no pueda permitirse a miles de kilómetros
Desteljar de noche,
Los suspiros del sol.
Enfermo de extrañar,
Destilo añoranza de la desolación y,
El síndrome es más que un icono.
Quiero ser el retorno, suprimir el olvido,
La espera, no se llora la ausencia. No se llora.
Lo que duele es el olvido.

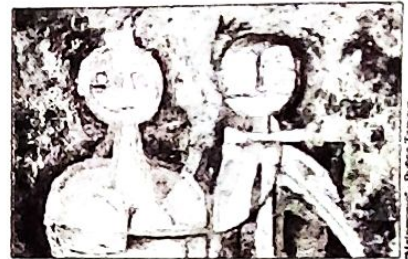
Anteo El Niño.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamin chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel llanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com
jgarcia@zofro.com

De: Antología del relato costarricense

El Matrimonio



Tina, la tontica de flor Sebastián, el viejo hachero que vivía cerca de la fábrica de candelas, dijo muy contenta que sí cuando Curucho le propuso matrimonio. A Curucho, el vagabundo largo y flaco tan conocido en el cantón, se le había ocurrido enamorarse de ella.

Fueron a palabrear al señor cura, pero éste, un hombron rechoncho y losco se enojó:

—¿Están locos, Curucho? ¿Con qué van a vivir? Y ¿si Dios les manda hijos?

Y se negó en redondo a echarles la bendición matrimonial.

Tina y Curucho se fueron muy cariacontecidos.

Mas como era cosa resuelta, sin saberse cómo ni de dónde se hicieron de unas cañas de bambú y unas latas, y en un barranco municipal, entre la calle ronda y el riachuelo, armaron su medio rancho. Nadie jamás había visto a Curucho trabajar. Pero entonces pudieron verlo hasta que poco a poco la vivienda quedó levantada.

Después, ya con su tontica, siguió pidiendo limosna, largo, flaco y andrajoso como siempre.

Y les comenzaron a llegar los vástagos.

Paso a paso el hombre se fue animando a ver, además de pedir, a qué se dedicaba. Se consiguió un machete y no faltó quien le encargara algún trabajo liviano.

Al tiempo, la tontica le trajo el hacha de su tata, y con mil litubeos terminó picando por lo menos leña para que ella cocinara.

Luego, encontrando ganas donde no las había, se animó a ofrecerse como hachero en otras casas.

Años más tarde ya se lo veía sudando a destajo en la finca de alguno de tantos gamonales. Lento y cachazudo, pero sin descanso. El mayor de sus chiquillos le iba a llevar el pobre almuerzo.

Curucho ya no limosneaba, aunque no faltaban antiguos "clientes" que le regalaban algo. Buscaba incesantemente quehacer para mantener la miseria de su rancho.

Un día llegó el nuevo cura —joven, pálido, risueño— a visitarlo.

—Curucho; ustedes viven amancebados y eso es escandaloso. Vengo a pedirles que se casen para ponerse bien con Dios. No les cobraré.

Y no Curucho, sino Tina la tontica, le respondió:

—Vea, padrecito, ahí perdone: cuando quisimos hacerlo al principio el cura que ya es muerto se negó y nos dio la gran trapeada. Y ahora, endespues de costarme tanto enseñar a mi hombre a trabajar y que somos una familia pobre pero honrada, viene usted a decirnos que nos echa la bendición de gratis. ¿Verdad, Curucho, que no la necesitamos?

—Pues yo creo que no —dijo Curucho—. Tatica Dios nos la dio, uh, desde hace tiempos.

Y el señor cura se quedó como en misa.



Fabian Dobla. 1915 - 1997
Cuentista, poeta y periodista costarricense.